

—¿Y qué me importaría á mí?

—Pues debe importarle y no consentir en el triunfo de tales gentes. Créame usted, señorito, en semejante caso debiera usted pasar por cima de todo, reconciliarse con el duque y casarse con la marquesita.

—Calle usted, Inés, calle usted. Enriqueta y sus padres son la pura honradez.

—¡Cómo les escocería esta venganza!

—Venganza..... ¡oh! no por cierto. En su corazón y el mio no hay mas que amor y fidelidad. Lléguese usted cuanto antes á casa del pintor. Dentro de un par de horas... dentro de una hora, volveré á saber la suerte que me espera.

—¿Y á dónde vá usted ahora?

—A establecerme en cualquier fonda. El palacio del duque de la Azucena ya no existe para mí.

—Tenga usted juicio, don Eduardo, y vuelva usted á su casa.

—No quiero dar lugar á que me arrojen de ella los lacayos.

—¿Es posible que diga usted eso?

—Es la orden que tienen de mi padre.

—Un padre no puede dar tales órdenes sino en momentos de enajenación; pero después de reflexionar con calma las funestas consecuencias de un imprudente arrebato, debe alegrarse de no haber sido obedecido. En un arranque de cólera, es fácil que el hombre mas pacífico y moderado cometa una indiscreción, una falta grave tal vez; pero al volver en sí no puede menos de arrepentirse.

—Mi padre no está en ese caso. Exige de mí un imposible, y mientras no me allane á sus tiránicos deseos, seré para él un objeto de odio inextinguible.

—¿Pero tan extraordinarias son sus exigencias que no le sea á usted dable darle gusto?

—Reprueba el amor que profeso á Enriqueta y pretende que sea esposo de la hija de la marquesa de Verde-Rama, ya lo sabe usted.

—Yo veo en todo eso el ardiente afán de un padre que trata de proporcionar á su hijo un porvenir dichoso. Quiere sin duda que se case usted con la marquesita, porque le parecerá este enlace digno bajo todos aspectos de la categoría que ocupa usted en la sociedad, y reprueba que mancille usted sus

blasones, emparentando con una familia de humilde condicion. Todo esto está muy en el órden, don Eduardo, y me parece que su padre de usted tiene suficientes motivos de enojo.

—Yo hubiera querido allanarme á su voluntad, pero me ha sido absolutamente imposible. Le engañaria atrozmente si le prometiese olvidar á Enriqueta, si le digese que no la amo, porque no es amor lo que me ha inspirado esa adorable virgen, es un delirio que me avasalla y del cual podria solo la muerte libertarme.

—¿Pero si Enriqueta no fuese digna de esa pasion?

—Lo es, amiga mia, lo es, y usted conoce como yo todas las virtudes, todos los atractivos de esa niña celestial.

—Muchos son los encantos que atesora, es verdad; pero si con todos ellos fuera indiferente al amor de usted....

—He tenido la fortuna de oir pronunciar á sus lindos lábios dulces frases de consuelo, que jamás olvidaré.

—¿Y si fueran esas frases únicamente destellos de su amabilidad?

—Enriqueta es demasiado candorosa para fingir lo que no siente.

—Tanto mas criminal seria en el caso de que no correspondiese al amor de usted, después de haberle halagado con tan bellas esperanzas.

—Seria una crueldad imperdonable.

—Imperdonable, es verdad, y me alegro de que lo conozca usted así. Si esa jóven se manifiesta indigna de la pasion con que usted la ama, debe usted olvidarla para siempre, y en este caso vengarse de sus ofensas casándose con la marquesita.

—No quiero responder á esa objeccion.

—¿Desprecia usted mis consejos?

—Insultan á un ángel... no merecen mas que desprecio. Si usted quiere darme una prueba de adhesion; no me hable mas en un sentido que me ofende. Lleve usted mi carta á Enriqueta, y se avergonzará usted de haberla calumniado.

—Me alegraré de que así sea; pero si usted recibe un desengaño....

—¿Qué desengaño he de recibir?

—Si Enriqueta se hubiera burlado de la credulidad y amor de usted....

—Hubiera sido una miserable.

—Una hipócrita ¿no es verdad?

—Digna del mas solemne desprecio; pero ¡qué digo! ¡cuando estoy desaprobando las sospechas que ha concebido usted de la sinceridad de tan virtuosa jóvena, me atrevo yo mismo á vilipendiarla! ¡Perdon, perdon, adorable niña!... Y usted, señora, no me atormente mas con sus recelos.

—No hablemos pues de Enriqueta, y concretémonos á la conducta de su padre de usted. Cualesquiera que sean los motivos que á usted le induzcan á no obedecer á su padre, su proceder de usted nada tiene de laudable.

—He dicho antes que no sé vencer imposibles.

—Pero eso no destruye mis razones. Yo he dicho y repito ahora que el enojo de su padre de usted es justo.

—¿Y es justo llevarle hasta el punto de maldecir á un hijo que nunca le ha faltado al respeto, que le ha querido siempre con idolatría?

—Ahora no da usted pruebas de eso, señorito.

—¿Y qué pruebas de afecto puedo darle, viéndome abandonado tan cruelmente de su paternal cariño? ¿Qué debo hacer?

—Volver inmediatamente á su palacio. Un padre que se desvela por hacer á usted feliz, que se horroriza á la sola idea de verle casado con la hija de un artista, no es dable que por ningun concepto pueda holgarse en contemplarle á usted ejerciendo una plebeya profesion ó acaso mendigando trabajo para ganarse la subsistencia. Esto seria degradante en demasia para su antiquísima grandeza, y mas para su orgullo. El señor duque no puede pues querer de ningun modo que salga usted de su palacio, y si ha proferido una exclamacion execrable.... una palabra.... sacrilega en los lábios de un padre, no estaba en sí al pronunciarla..... no ha sido mas que el alarido de un loco, una blasfemia que debe despreciarse como las imprecaciones del enfermo que delira. Y usted, señorito, ¿qué espera usted de su loca pasion? *De un amor desenfrenado deben aborrecerse los bienes y los males, porque es mas terrible cuanto mas halagüeño se presenta.*

—¿Vuelve usted á hablar de mi amor?

—Es preciso.

—Sea usted á lo menos mas prudente.

—¿Me reconviene usted?

—Usted se complace en provocarme á ello.

—¿Pues qué he dicho yo?

—Llama usted desenfrenado á mi amor.

- ¿Y no lo es?
- Es un amor puro, rendido á una criatura adorable que por todos conceptos le merece.
- Es un amor delincuente—dijo con gravedad la *Bruja*.
- ¡Señora!—gritó don Eduardo con enojo.
- Lo repito, don Eduardo..... su amor de usted es delincuente.
- Tenga usted presente, Inés, que he venido aquí para que me cumpla usted su promesa, no para oír reconvenciones.
- Mis reconvenciones se dirigen á labrar la dicha de usted.
- Gracias; pero no debo tolerarlas.
- Ni yo debo dejar de hacérselas á usted.
- ¡Usted! ¿Con qué derecho?...
- Con el que tiene una íntima confidente—respondió sonriéndose la *Bruja*.
- No tengo humor para oír ahora esas chanzas impertinentes.
- No me chanceo, don Eduardo... Su amor de usted es reprehensible.... es criminal.
- ¡Criminal! ¿En qué apoya usted esa calificación?
- En que su padre de usted le reprueba.
- Le reprueba sin fundamento.
- Eso es lo que no veo yo.
- No me hable usted del duque, Inés.
- Es su padre de usted.
- Repito que no tengo padre.
- ¡Desgraciado jóven! Dice usted que no es criminal su amor, y le prefiere á las caricias del autor de su vida.
- Me ha maldecido.
- Porque es usted un hijo ingrato.
- ¡Inés!
- Un hijo desobediente...
- ¡Inés!—repitió colérico el duquecito.
- Un hijo desnaturalizado, que se goza en asesinar á su padre.
- ¡Señora!.... tenga usted la bondad de callar.
- No le gusta á usted oír la verdad; pero es indispensable que yo se la diga.

—Los beneficios que he prodigado á usted, no le dan derecho á insultarme.

—Tampoco los mismos beneficios le dan á usted derecho á mandarme callar.

—¿Se goza usted en faltarme al respeto?

—¡Yo!

—¿Ha olvidado usted quien soy?

—No, desventurado jóven, usted me lo ha dicho hace poco. Es usted un pobre huérfano arrojado del palacio del duque de la Azucena.

—Es verdad —balbuceó el duquecito, y ruborizado ocultó su rostro entre las palmas.

—Toda vez que trata usted de buscar una profesion modesta para ganarse la subsistencia..... toda vez que está usted resuelto á dar un escándalo primero que pedir perdon á un padre bondadoso, es preciso, don Eduardo, que empiece usted por renunciar á ese tono imperioso, con que exige silencio á personas que por su edad deben inspirar á usted respeto.

—¡Qué vergüenza! —murmuró para sí el desgraciado jóven.

—Es preciso tambien, amiguito, que se prepare usted á recibir amargos desengaños y desaires bochornosos.

—Sé lo que me espera, Inés, y todo lo sufriré con resignacion con tal de que Enriqueta me ame.

—Enriqueta es demasiado virtuosa para amar á un hombre que ha sido tan cruel con su propio padre. Ni ella ni el honrado pintor podrán ya mirar á usted con ojos de benevolencia. Quien tan inhumanamente ha amargado los dias de un tierno padre (dirán ellos) haria muy desgraciada á la mujer que tuviera la debilidad de elegirle por marido. Además, amigo mio ¿cree usted tan fácil que en una familia honrada se admita á un hombre arrojado de su casa... á un miserable que lleva en su frente el sello de la maldicion paterna?

—¡Piedad!... ¡piedad, señora! —esclamó el duquecito arrojándose á los piés de la *Bruja* —no me humille usted mas!

—Usted es quien pretende hundirse en un abismo de humillaciones —repuso la *Bruja* ayudando al duquecito á levantar. —Usted solo, que por no implorar la gracia de un padre quiere arrojarse á mendigar la caridad de los estraños y á sufrir todo linaje de insultos. No sabe usted, don Eduardo, lo

que es ser pobre en medio de una sociedad cuyo idolo es el oro. Usted ha ocupado siempre una posicion brillante, y aunque sus generosos impulsos y actos benéficos le han granjeado las bendiciones y el afecto de cuantos han sido testigos de sus virtudes, no crea usted que todos los que le rinden incensantes lisonjas son sus verdaderos amigos. Le adulan á usted porque es rico y puede favorecerles; pero en el momento en que le vieran á usted desgraciado, le abandonarían, le despreciarían, y hasta los mismos que han recibido ya beneficios de usted, olvidarian las deberes de la gratitud para huir de un pobre, que ellos creerian siempre dispuesto á reclamarles reciprocidad.

—¿Tan malvados son los hombres?

—Eso lo harian los que pasan en el mundo por hombres de bien, porque el adular á los ricos y huir de los pobres, no se tiene por un crimen, sino por una regla de utilidad, por un principio de conveniencia propia, por una máxima prudente y hasta indispensable al decoro. Si, amigo mio, para muchos es indecoroso el rozarse con los pobres.

—Es verdad, mi padre tiene ese defecto y de ahí nace toda mi desgracia.

—Y si eso hacen las personas que se apellidan sensatas ¿qué harán las de índole perversa? Esas se burlarán del infortunio de usted, inventarán ridículas fábulas para zaherirle, le prodigarán á usted groseros apodos. «Allí vá el huérfano» gritarán con insolente escarnio. «Ese jóven cubierto de andrajos.... ese mendigo que pide una limosna de puerta en puerta por no trabajar, ¿queria ser el heredero del duque de la Azucena!» y aquí acompañarán el insulto con feroces carcajadas.

—Me estremece usted, Inés.

—Y á las palabras insolentes, á los villanos denuestos, seguirán las pedradas, y los espectadores se reirán de usted sin socorrerle, porque del mismo modo insultaban á la Bruja.... ¿se acuerda usted, don Eduardo?.... Del mismo modo apedreaban á la pobre Bruja..... ¿Se acuerda usted, don Eduardo?

—Yo no mendigaré mi alimento. Soy jóven, y sabré ganármelo con el trabajo.

—¿Y hallará usted dónde trabajar? ¿Habrà acaso alguien que dé ocupacion á un mal hijo?

—No soy mal hijo, Inés... soy un hijo desgraciado.

— Es usted un mal hijo, don Eduardo, un hijo que ha merecido la maldición de su padre, y nadie se apiadará de usted.... porque será un objeto despreciable, un objeto de odio para todo el mundo.

— ¡Señora!

— ¡Oh! digo la verdad... porque es preciso que usted la oiga por mas que le sea desagradable.

— ¿Trata usted de apurar mi sufrimiento?

— Trato de hacerle ver el abismo á que le conduce su separación del hogar paterno. Un objeto de odio para todo el mundo, lo repito, un objeto de execración... Nadie se interesará por usted.

— ¿Ni Enriqueta?

— ¡Qué ciego está usted! Enriqueta, que es la misma virtud, que ama á sus padres con idolatría, que jamás les ha dado una leve desazon, que ha respetado siempre y obedecido sumisa todos sus mandatos, ¿cómo quiere usted que le interese un hijo asesino de su padre?

— Usted se propasa, Inés.

— Hablo con la severidad que merece su conducta de usted, porque es preciso que lo sepa todo. Sí, don Eduardo, mientras usted sufrirá los insultos de la multitud, mientras será usted el escarnio del vulgo, el ludibrio de la alta sociedad, mientras usted dará comienzo á una existencia degradada, cadena horrible de sinsabores é infortunios, su padre de usted se morirá de pesar.... Y no tiene usted que preguntar á nadie quién le ha muerto, porque habrá sido su propio hijo. ¿Cómo quiere usted que Enriqueta ame á un parricida?

— ¡Piedad, señora!

— Recoja usted esa carta—dijo la *Bruja* arrojando al suelo la que le habia entregado don Eduardo para Enriqueta. — Ya de nada sirve, ni tengo yo valor para llevarla.

— ¡Dios mio! — exclamó don Eduardo dejándose caer en una silla.

Esta inesperada escena después de la que le habia acarreado la maldición de su padre, acabó de abatir el ánimo del duquecito, que en otra ocasion no hubiera tolerado la acritud del atrevido lenguaje de la *Bruja*, y esta mujer que siempre le habia inspirado respeto, acababa de destruir su única esperanza, no solo negándose á llevar la carta á Enriqueta, sino vaticinándole su desamor.

Levantóse de repente el duquecito, y con voz alterada aunque con ánimo resuelto, dijo:

— ¡Adios, Inés!

— ¿Se vá usted?

— Sí... voy á dar fin á todos mis males.

— ¡Don Eduardo! — exclamó con sobresalto la *Bruja*. — ¿Quiere usted añadir á sus graves faltas un acto de cobardía?

Y llorando como un niño, respondió el pobre jóven:

— Quiero ir en busca de mi madre, porque aquí.... todos me aborrecen.

— No, no.... — repuso la *Bruja* llorando tambien. — Todos le aman á usted, y solo de usted depende conservar el cariño de todos... Sí, queriéndolo señorito, vuelva usted á ver á su padre... Yo estoy cierta de que está ya arrepentido de lo que ha hecho. Si se reconcilia usted con su padre, nadie será nada de lo ocurrido... Enriqueta le querrá á usted... — Y recogiendo la carta que poco antes habia arrojado, añadió con ternura: — Aquí está la carta que llevaré inmediatamente á su amada, como siga usted mis consejos.

— Es imposible... Mi padre no me recibirá.

— Un padre puede tener un instante de frenético despecho contra su hijo; pero abandonarle para siempre...

— ¡Ay! ¡me abandona... como abandonó á mi madre!

De repente se abrió la puerta de la habitacion, que el duquecito habia cerrado tras sí al entrar, como impelido por la violencia de un huracán.

Aestrépito que hicieron las dos hojas chocando con la pared, la *Bruja* y el duquecito volvieron sobresaltados el rostro, y vieron bajo el dintel al honroso Ambrosio jadeando y cubierto de sudor.

— Gracias á Dios! — exclamó el buen anciano cuando el cansancio le permitió hablar. — Dios me ha inspirado el venir aquí.

— ¿Qué es eso? — preguntó don Eduardo.

— El señor duque le aguarda á V. E. impaciente. Todos los sirvientes del palacio andan por Madrid en busca de V. E.

— No lo vé usted, don Eduardo? — dijo con alegría la *Bruja*.

— ¿Qué me quiere mi padre?

— quiere abrazar á V. E. — respondió Ambrosio llorando de placer.



—Vuele usted, señorito— añadió la *Bruja*— y mientras se reconcilia usted con su padre, iré yo á desempeñar la consabida embajada.

— Sí, buena Inés, y á la una volveré á saber el éxito de ella— dijo don Eduardo temblando de gozo.

— A la una en punto, no sea usted perezoso— repuso la *Bruja*.

El duquecito y el viejo Ambrosio se retiraron precipitadamente.

Quando la *Bruja* estuvo sola en su habitacion, quiso enterarse de los términos en que estaba concebida la carta que don Eduardo le habia entregado para Enriqueta.

Antes de proceder á la lectura miró el comienzo y conclusion de la carta y exclamó:

— ¡Perfectamente!... no hay en ella firma ni el nombre de la persona á quien va dirigida. Aun cuando se estraviara no comprometeria á nadie. El duquecito ha creido que con semejante intencion héle aconsejado que suprimiese los nombres, y como prudente ha seguido mi consejo. Veamos ahora si el contenido corresponde á mis deseos.

— La *Bruja* leyó: «BIEN MIO:»

— Esto puede ir dirigido á cualquier mujer!... ¡Soberbio! ¡magnífico! Prosigamos: «¿PODRÉ LISONGEARME DE MERECER Á USTED ALGUNAS LÍNEAS QUE TRANQUILICEN MI ESPÍRITU?»

— ¿Por qué no? Recibirá usted las líneas que apetece, señor enamorado; y aunque de pronto desgarrarán su pecho, estoy segura de que después recobrará la tranquilidad que desea.

Continuó leyendo: «ES SU ALMA DE USTED CANDOROSA EN DEMASÍA PARA PROLONGAR MIS INQUIETUDES CON SU INDIFERENCIA. CÓNOCE USTED MUY Á FONDO LA SINCERIDAD DE MI PASION PARA NEGARME ESTE CONSUELO.»

— Muy candorosa es Enriqueta, pero es preciso que desaparezca este candor á los ojos de su amante; es preciso que vea en ella una niña casquivana, inconsecuente, veleidosa... en una palabra, indigna de esa pasion de la cual hace alarde el duquecito. Para ello será tambien preciso desgarrar el tierno corazon de esta inocente. No importa, su propia felicidad lo exige... el mismo Dios lo manda y es justo acatar sus irrevocables decretos.

Siguió la lectura en estos términos: «VIVO EN UNA ANSIEDAD QUE ME MAR-

— Desgraciadamente es cierto y á mí me toca poner término á tan dolorosa ansiedad.

«NECESITO SABER SI ME AMA USTED AUN!...»

— Sí, don Eduardo, Enriqueta le ama á usted con toda la sinceridad y vehemencia de un primer amor. Su fogosa pasión solo admite cotejo con la que á usted le avasalla. ¡Quién lo creyera! La enamorada niña.... tal vez dentro de una hora habrá cambiado su amor en odio.... La tortolilla inocente se habrá convertido en águila altanera y desdenosa.

«DESLIJÁNSE LOS DÍAS DESTILANDO ACERBAS ANGSTIAS SOBRE MI CORAZON... LA SOLA INCERTIDUMBRE LE AFLIGE Y LACERA CRUELMENTE.»

— ¡Pobre don Eduardo! — exclamó la Bruja enjugándose una lágrima de ternura. — ¡Cuánto la adora! ¡Y cuán digna es ella de ser adorada! Criaturas benéficas y candorosas, yo os amo.... yo os adoro tambien... y sin embargo, os tiendo un lazo espantoso que destruirá para siempre vuestras bellas ilusiones. A vosotros, mis tiernos bienhechores, á vosotros que tantas bondades me habeis prodigado, elijo por blanco de mis empozoñadas saetas. He nacido para ser el espanto de la humanidad.... Todos huyen de mí como de una furia infernal.... y solo vosotros me habeis colmado de beneficios. Pues bien, esta furia del Averno vá á desgarrar vuestras almas en galardón de cuanto habeis hecho por ella.... Y no creais que sea impelida por el demonio á ejercer semejantes actos de ingratitud, no.... es Dios.... solo Dios quien le manda ahora haceros tan negra traición.... ¡Feliz yo si alcanzo arrancaros ese amor en que cifrais vuestras mas bellas esperanzas!

«BIEN SABE USTED, HERMOSA VIRGEN, QUE EN ÉL LE HA ERIGIDO EL AMOR UN TRONO, Y SOLO CUANDO ESTE POBRE CORAZON BAJE AL SEPULCRO, DEJARÁ DE LATIR POR LA REINA QUE LE AVASALLA.»

— Todos los enamorados suelen decir lo mismo, y lo dicen de buena fé, porque creen en efecto que no puede extinguirse el fuego que les abrasa. ¡Miserables! El débil soplo de un niño apaga ese volcan con solo empañar el brillo de vuestro orgullo. Decis que amais; pero vuestro amor es efimero, y en el momento en que os juzgais agraviados, en el momento en que os convenéis de que la persona amada os es infiel, cambiáis en odio mortal aquel amor que pensábais llevar hasta el sepulcro. De esta verdad darán hoy mismo una prueba esas dos criaturas que con tanto frenesí se adoran, y que dentro de una hora se aborrecerán y buscarán ambas el medio de vengar su ultraje.

«SÍ, VIDA MÍA, USTED ES LA ÚNICA SOBERANA DE MI ALBEDRÍO.»

— Ahora es adorada reina la que será dentro de poco miserable objeto del baldón y la venganza. Retratad á un hombre y á una mujer, y habreis hecho el trasunto de la sociedad entera.

«DÍGNESE ESCRIBIRME UNA SOLA FRASE QUE ALIENTE MI ESPERANZA, Y NO HABRÁ OBSTÁCULOS QUE YO NO SEPA VENCER PARA ALCANZAR EL TRIUNFO DE NUESTRO AMOR.»

— Eso sería si no tuviera usted que habérselas conmigo, señor don Eduardo — exclamó con siniestra sonrisa la Bruja. — El triunfo de semejante amor sería el triunfo del demonio, y ni el demonio ha de vencerme en esta lucha.

«UNA PALABRA DE TERNURA, ÍDOLO MIO, Y COLMARÁ USTED LA AMBICION DE SU FIEL Y RENDIDO AMANTE.»

— Una palabra de venganza y desprecio, señorita Enriqueta, y el duquecito de la Azucena se avergonzará de haber amado á la hija de un pintor. Aun cuando yo misma hubiera dictado esta carta no estaria mas á mi gusto. Parece escrita con el mayor esmero para que produzca todo el efecto que me propongo. Vamos sin dilacion á ponerla en manos de Enriqueta.





## CAPITULO XVIII.

### LA TRAICION.

Jamás se consuela,  
 El dolor que paso,  
 Pues mientras me abraso  
 Mi dueño se hiela.

Soy, un Etna hecho,  
 Llamas por despojos:  
 Sale por los ojos  
 El ardor del pecho.

De tan triste vida  
 Mi muerte se arguye:  
 Sigo a quien me huye!  
 Amo a quien me olvida!

C. SÁREZ DE FIGUEROA.

Occhi piangete; accompagnate il core.  
 PETRARCA.

Habíanse deslizado veinticuatro horas desde que la *Bruja* atormentó de una manera inaudita á la infortunada Enriqueta con la supuesta infidelidad de su amante. Todas las apariencias confirmaban el fatal anuncio de la *Bruja*, que no contenta con la profunda herida que habia hecho el dia anterior en el tierno corazon de la candorosa niña, á quien habia dejado llorando

acerbamente en los brazos de su madre, proponiase completar su obra con la mas negra traicion.

Aun no habia recibido la desgraciada virgen el tremendo golpe que la amagaba, y era ya victima de una pasion sin freno. No habia para ella mas consuelo que la soledad, y á fuerza de súplicas y ruegos habia alcanzado de sus bondadosos padres que la dejarán sola en su aposento para solazarse con la lectura de su predilecto libro, que, como sabe ya el lector, eran las poesias del doctor don Juan Melendez Valdés. Abrióle y leyó en la página 199 del tomo primero, el comienzo del romance XV concebido en estos términos:

« Oh ! ; qué mal se posa el sueño  
Sobre ojos que el amor abre !  
; Ni con sus dulces cuidados  
Su grata calma hizo paces !  
Las dos sueñan ; y rendidos  
De sus amargos afanes,  
En un plácido letargo  
Todos los vivientes yacen.  
Yo solo velo, bien mio ;  
Y en ocupacion suave,  
Con tu cariño y mis penas  
Regalo mi pecho amante.»

La sensible jóven no pudo continuar; el llanto sucedió por largo rato á la lectura de los precedentes versos. Ella misma acababa de experimentar la verdad que encierran los primeros conceptos del precitado romance; pero el insomnio, lejos de haber *regalado su amante pecho*, habiale atormentado de una manera horrible.

Después de agudos padecimientos habia pasado la noche, no en *ocupacion suave*, sino dando tortura á su corazon escribiendo melancólicas endechas á guisa de letrilla, en las que hacia tristes reflexiones sobre la ingratitud de su amante.

¡ Estraña coincidencia! mientras la *Bruja* glosaba la carta del duquecito de la Azucena, glosaba tambien Enriqueta los versos que habia escrito durante su cruel insomnio.

Era el mediodia cuando la enamorada jóven, con su borrador en la mano, intercalaba la lectura de sus versos con pensamientos dolorosos, que hacian brotar de sus ojos copiosas lágrimas de amargura. Trasladaremos

aquí su sentida composicion, al final de cada estrofa interrumpida por los comentarios de su desconsolada autora.

EN TRISTES DESVELOS

DE ACERBO DOLOR,  
ME ABRASO DE CELOS;  
ME MUERO DE AMOR.

En plácida calma  
Duerme el que es dichoso  
Consolando el alma  
Con grato reposo.  
De afanes del día  
Buscando solaz,  
En la noche umbría  
Logra dulce paz;  
MAS YO EN MIS DESVELOS  
DE ACERBO DOLOR,  
ME ABRASO DE CELOS:  
ME MUERO DE AMOR.

Mi sino es padecer..... Nací desdichada..... Meciéronme en humilde cuna y no tengo derecho á las grandezas del mundo. Estuve sin duda loca cuando creí en las palabras de un jóven que por ningun concepto puede pertenecerme. Hé aquí por qué se rie él de mi credulidad. Dijo que me amaba sin duda con el objeto de burlarse de mí; y es tal mi desventura, que á pesar de conocer mi desesperada situacion, á pesar de la pérfida conducta del hombre que así me humilla: yo le amo con locura y le amaré hasta que sucumba á la violencia de mi dolor.

Tú, á quien fina adoro...  
Tú, por quien suspiro...  
Por quien peno y lloro,  
E insomne deliro...  
De mi afecto puro  
Desvías la mente,  
Y acaso, perjuro,  
Duermes dulcemente:  
MAS YO EN MIS DESVELOS  
DE ACERBO DOLOR,  
ME ABRASO DE CELOS;  
ME MUERO DE AMOR.

Sí, cruel... mientras yo sufro todas las angustias de un amor sin esperanza, tu alma de hielo está sin duda tranquila. « ¡Pobre muchacha! dirás acaso en

tono de compasion, llegó á creerse que sería mi esposa, y una carcajada burlona saldrá de tus lábios como destello de alegría. ¡Y yo lloro amargamente! Lloro tu perfidia, mientras celebras tú el recuerdo de nuestros amorosos coloquios, como se celebra la memoria de una diversion cualquiera. Hé aquí por qué has dormido pacíficamente con la sonrisa de la felicidad en tus lábios, mientras yo, inocente víctima de tus falaces galanteos, he pasado la noche exhalando ayes de amargura.

Fuerza es que el boato,  
Que la pompa sobre,  
Y que huyas, ingrato,  
De una niña pobre.  
Tú sueñas delicias  
De nueva pasion,  
Y admites caricias  
De otro corazon;  
MAS YO EN MIS DESVELOS  
DE ACERBO DOLOR,  
ME ABRASO DE CELOS:  
ME MUERO DE AMOR.

La mujer que merece tu cariño habrá nacido en ilustre lecho..... Será digna por su elevada nobleza de unir su suerte á la del esclarecido heredero de los duques de la Azucena. Es muy justo que prefieras su amor al mio; pero has de saber que por mucho que te ame, todo el amor junto de esa elevada señora, no pudiera ponerse en parangon con un solo destello del fuego que me abrasa. Si ella te ama no hace mas que corresponder á tu afecto; pero yo te adoro á pesar del ódio que me profesas, te adoro sin esperanza de ser correspondida, te adoro como una alma cristiana adora á su Dios, y moriré celosa y adorándote siempre á pesar de tu injusto aborrecimiento. ¡Estoy loca!... No... yo no debo amar á un hombre que tan feroz escarnio hace de mi inocencia... Yo debo vengar sus inauditos ultrajes. ¡Cuando mas bellas ilusiones me halagan... ¡Dios mio! ¡han desaparecido para nunca volver!...

Mas ya que he perdido  
Mi dulce esperanza,  
Oye el alarido  
De justa venganza:  
Dios siempre castiga  
Del hombre el deslíz...  
Dios ¡ay!... te bendiga...

Dios te haga feliz,  
 AUNQUE EN MIS DESVELO  
 DE ACERBO DOLOR,  
 ARDA YO DE CELOS  
 Y MUERA DE AMOR.

La desventurada niña apenas pudo leer sus dos últimos versos. Cayósele de las manos el borrador, y acodándose sobre la mesa junto á la cual permanecía, sepultó su pálido rostro entre las palmas y dió rienda suelta á su inconsolable llanto.

En este deplorable estado sorprendióla la *Bruja* cuando fué á llevarle la carta de don Eduardo. Aquella carta amorosa, inspirada por los generosos sentimientos de un alma noble, donde habia fijado su imperio una pasion tan ardiente como inmaculada, aquel papel que contenia los hermosos destellos de esta misma pasion virtuosa y sincera, aquellas espresiones de ternura que parecian dictadas por el mismo Dios para derramar sobre el lacerado corazon de la pobre niña un balsamo de consuelo, debian servir de tósigo para emponzoñar la profunda herida que daba insoportable tormento á la infeliz adolescente.

Al rumor de las pisadas, volvió el rostro Enriqueta, y enjugándose los ojos miró á la *Bruja*, no ya con la ternura que siempre le habia prodigado, sino con cierta espresion de espanto, como si viera la fantasma siniestra que habia desvanecido sus bellas esperanzas, y se le aparecia de nuevo para gozarse en el llanto de la inocencia.

— ¡Siempre llorando! — exclamó la *Bruja* con acento afectuoso. —

— ¡Y usted lo estraña! — repuso entre sollozos la tierna jóven. — ¡Usted que ha desgarrado mi pecho!

— ¡Yo, señorita!

— Usted, sí. ¡cruel!

— El cielo sabe que todo mi afan se reduce á ver á usted feliz.

— ¿Y cómo creyó usted que podría serlo arrebatándome para siempre las bellas esperanzas de mi felicidad?

— Esas bellas esperanzas la conducian á usted á un abismo sin fondo. Yo la he salvado, y en vez de galardón merezco solo severas reconvenções. Nada importa; he cumplido mi deber. No hay porque arrepentirme de mi conducta. Tengo demasiado presentes los beneficios que en todas ocasiones me ha prodigado usted, y fuera yo un mónstruo de ingratitud si obrase de



otro modo. Ayer, señorita, manifesté á usted delante de su buena mamá, únicamente los motivos que me asistían para sospechar que don Eduardo no correspondía tan fino como era de esperar al amor que usted le profesaba.

—Y que le profeso aun, señora Inés. Yo juré amarle, y sabré cumplir mi juramento.

—Pero si él es efectivamente perjuro...

—¿Cómo es posible que lo sea?

—Dije á usted ayer que la conducta de don Eduardo, aun cuando tan criminal le parece á usted, porque es la infortunada víctima de ella, es hija de su notoria honradez.

—Ningun hombre honrado engaña tan inicuaente á una inesperta jóven que no ha cometido otra falta que la de haberle amado y creído.

—Yo estoy en la inteligencia de que el duquecito no abrigaría la intencion de hacer una grosera burla de usted cuando la dirigió sus primeros galanteos. Contaría entonces con la facilidad de convencer á su padre y hacerle consentir en la realizacion de sus esperanzas; pero usted misma ha visto, señorita Enriqueta, que el duque de la Azucena se muestra inexorable. En este caso, un buen hijo debe respetar la voluntad paterna.

—Si no hubiera otra causa de su desvío que el respetar los mandatos de nuestros recíprocos padres, no me consideraría tan infeliz; pero ayer quiso usted probarme que don Eduardo estaba haciendo una sangrienta mofa de mi credulidad.

—¡Yo!

—Usted, señora, usted que sonriéndose como si se deleitára en verme sufrir, soltó después una carcajada horrible cuando aseguraba yo que el duquecito no podía serme infiel. Usted, señora, que me ponderó, no solo la indiferencia con que don Eduardo se mostraba impasible, después del fatal acontecimiento que nos ha arrebatado el placer de vernos y hablarnos, sino la jovialidad que destellaban sus facciones, sus ademanes y palabras. Usted, en fin, me dió la triste nueva de que don Eduardo se manifestaba muy alegre y dichoso con dar gusto á su padre.

—Desgraciadamente es así.

—Luego don Eduardo no ha procedido con nobleza y honradez.

—Veo que tiene usted razon, don Eduardo no se ha portado como caballero.

—¿Por qué, pues, me ponderaba usted sus bellas prendas?

—Siempre he dicho á usted que no se fiara de los palaciegos.

—Es verdad, me ha hecho usted mil veces una descripcion odiosa de los hombres de los palacios: pero acuérdesse usted que tambien me aseguraba que don Eduardo era una escepcion de la regla general. Cuántas veces hemos hablado de sus virtudes, parecia que no hallaba usted palabras bastante espresivas para hacer justicia á sus generosos sentimientos. Me decia usted que la mujer que tuviera la fortuna de merecer el amor de un jóven de tanto mérito, de tanta honradez y discrecion no podria dejar de ser muy dichosa, porque don Eduardo era tal vez el único jóven entre todos los de la aristocrácia que no estuviera fanatizado por las ridiculas preocupaciones de que adolecen los de su categoría....

—Pero reflexione usted, señorita, que aunque piense don Eduardo de ese modo, tiene que contar con el consentimiento de su padre.

—Eso lo sabia antes de engañarme.

—Tambien es verdad; pero se lisonjeaba de convencer á su padre.

—¿Y porque no le ha convencido tiene ahora derecho á hacer un cruel escarnio de mi pobreza?

—Jamás ha hecho burla de los pobres.

—¿Pues por qué me desprecia sino porque soy pobre? Sé muy bien que no puedo exigir un imposible. Si el duque de la Azucena se empeña en que su hijo se case con una jóven digna de él por su alta nobleza, si cree que la miserable hija de un pintor empañaria el brillo de sus blasones, si por ningun concepto quiere aprobar un amor que tiene por deshonroso, no me ciega la presuncion hasta el punto de querer rivalizar con la hija de una marquesa, ni llega mi necedad al extremo de culpar á don Eduardo por la tenacidad de su padre. El debe obedecerle ciegamente como obedezco yo al mio, y no por esto le creeria menos digno de la pasion que me ha inspirado; pero si es cierto que me ama, es de todo punto imposible que esté tranquilo y aun contento como usted supone, porque yo sé lo que mi corazon padece.... yo sé que no puedo amar á otro hombre, y si mi padre se empeñara en sacrificarme, seria víctima de mi amor y de mi angustia antes de llegar á los altares. ¡Y usted dice que don Eduardo conserva su buen humor!.... ¡que se manifiesta jovial en visperas de casarse con la hija de la marquesa! No es posible, Inés... no es posible... Usted delira, ó don Eduar-

do es un hipócrita; y esto me parece tambien imposible después de haberle tratado.

— ¡Pobre niña! ¿En tan pocos días quiere usted conocer á un hombre?

— ¿No le conocia usted antes que yo? ¿No me aseguraba usted que era un hombre de bien?

— Es verdad, lo creia así; pero las razones que usted acaba de alegar han quitado de mis ojos la venda que les cegaba.

— ¿Y cree usted que don Eduardo es culpable?

— Sí, mi querida señorita.

— Tal vez no..... Tal vez se ha equivocado usted. Por Dios, Inés, dígame usted que se ha equivocado..... dígame usted que don Eduardo me ama aun..... ¡ Si viera usted cuánto le adoro!

— Hace usted muy mal, señorita Henriqueta.

— ¿Por qué, Inés?

— Porque es un inconstante..... un seductor.

— ¡ Dios mio!

Una lágrima rodó por la mejilla de la enamorada jóven.

— No llore usted, señorita, y procure olvidar para siempre al duquecito..... á ese hombre infame.....

— ¿Es posible que diga usted eso, Inés? Usted que ha recibido tantos favores de su generosidad!...

— Me necesitaba, señorita, y ahora lo comprendo todo..... Me pagaba anticipadamente los servicios que he de prestarle.

— No comprendo á usted.

— Soy su confidente.

— Lo sé; pero en eso no veo mas que una nueva prueba de cariño.

— Pronto se convencerá usted de que hay algo mas.

— Si usted no se esplica!

— ¿Para qué he de atormentar á usted con nuevos sinsabores?

— ¿Aun mas?

— Permitame usted guardar silencio.

— Esa reserva me mata, Inés..... hableme usted sin rodeos; ¿tiene usted que anunciarme alguna nueva desgracia?

— La desgracia no es nueva; son incidentes que justifican la inconstancia de don Eduardo. Los jóvenes aficionados á intrigas amorosas, procuran

siempre tener alguna persona agradecida. ¿No me entiende usted? —

—No, Inés.

—Es natural..... no hay todavía malicia en el bello corazón de usted. Voy á parecerle á usted muy culpable..... acaso cómplice de los desvíos de don Eduardo.

—¿Usted?

—Pero ¿qué había de hacer? Usted misma acaba de recordarme los beneficios que me ha prodigado el duquecito.

—¿Y qué?

—Yo no puedo negarme á servirle en cuanto exija de mí.

Era tan villana la acción que la *Bruja* iba á consumir, que no tenía valor para dar comienzo á ella. Había llegado el momento de hacer uso de la carta del duquecito, y esta carta que hubiera llenado de júbilo el corazón de Enriqueta, debía desgarrarle atrozmente..... debía servir de base á una infernal calumnia.

—Hace usted bien en corresponder dignamente á los beneficios que ha recibido de su bienhechor — repuso Enriqueta. — Usted debe colmarle de bendiciones. ¡Es tan bueno para los desvalidos! ¡Solo para mí es cruel! Solo para mí.....

—Ha sido un hipócrita..... un libertino á quien debe usted olvidar.

—¡Un libertino!..... Esa calificación es injusta. Don Eduardo es un jóven generoso y benéfico..... Solo ha sido ingrato para conmigo.

—¿Y llevará usted la humillación hasta el extremo de amarle mientras él hace escarnio de ese loco amor, mendigando el perdón de la marquesita?

—¡El perdón de la marquesita!

—No lo dude usted. Ayer hablaba yo impelida solo por meras sospechas; pero hoy puedo enseñar á usted pruebas de la veleidad de don Eduardo.

—Puede usted enseñármelas..... pues ¿qué hace usted? ¿por qué no me las manifiesta sin dilación?

—Porque temo exacerbar mas su dolor.

—¿Y qué pruebas son esas?

—Una carta que el señorito escribe á la marquesita.

—Y estará muy fino ¿no es verdad? — preguntó Enriqueta sonriéndose de un modo violento, que descubría todo el exceso de su amargura.

—Pondera su amor como todos los enamorados.

— ¿ Su amor á quién ?

— A la marquesita.

— ¿ Con que de veras la ama ?

— Así lo dice; pero por lo visto es jóven de buen humor que lo dice á todas.

— Me hace mucha gracia en efecto su buen humor — dijo haciendo rechinar los dientes de celos la pobre niña.

— Me alegro mucho de que sea usted razonable. Así, así debe usted proceder contra ese jóven atolondrado..... haciendo un justo desprecio de su conducta.

— Desprecio, sí, desprecio — repuso ciega de cólera Enriqueta; — pero quiero que llegue á su noticia mi desprecio.

— ¡ Albricias ! — gritó la *Bruja* radiante de júbilo. — Ahora se pone usted en la razon. Esos señoritos de la alta aristocrácia, creen que todo les es permitido, y que pueden cometer todo linaje de escesos impunemente. Tratan como á esclavos á los que ellos califican de plebeyos. Es preciso hacerles entender que la hija de un honrado artista no ha nacido para ser el ludibrio de la sociedad, ni el juguete de los caprichos de un palaciego. Sea usted digna hija de su pundonoroso padre. Él ha hecho un solemne desprecio del orgulloso duque de la Azucena, y se ha colocado en el buen lugar que corresponde á un artista de mérito. ¿ Qué ejemplo mejor puede usted seguir que el de su virtuoso padre ? Toda vez que el duquecito hace alarde de su inconstancia, y mira con insolente desden las virtudes que usted atesora, faltando con inaudita mala fé á sus amorosas promesas, y escribiendo cartas de amores á otra beldad, usted debe tomar la iniciativa en este asunto y declararle terminantemente que está usted muy lejos de amarle. Sea usted la primera en romper toda relacion con el amante de la marquesita. ¡ Si viera usted qué enamorado se muestra en la carta que le dirige !....

— ¿ Cómo lo sabe usted ? — preguntó desazonada la sensible jóven.

— No ignora usted que don Eduardo me honra con su afecto, y lleva su confianza á tal punto que no tiene secretos para mí. Por esta razon lo sé todo, y no ha tenido reparo alguno en entregarme esta carta sin oblea. La he leído, y puede usted leerla tambien si gusta.

Apenas acabó la *Bruja* de pronunciar sus últimas palabras, apoderóse Enriqueta de la carta y la leyó con avidez, acompañando su lectura con aquella

sonrisa que revela, en una mujer agraviada, todo el furor de los celos y el ardiente deseo de vengarse.

— Aquí no se dice á quién vá dirigida esta carta—objetó Enriqueta temblando convulsivamente.

— Eso prueba que el duquecito está muy ducho en semejantes materias. Los libertinos jamás suelen poner su firma ni el nombre de la dama á quien escriben para que en ningun tiempo pueda comprometerles lo que han escrito. Ya ve usted, yo estoy encargada de ponerla en manos de la marquesita, y aun cuando no le dijera quién es el autor de tan apasionados renglones, ella conoce la letra de su amante, y debe saber tambien que tiene la costumbre de no poner en sus cartas nombres propios.

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! —esclamó llorando copiosamente la pobre niña.

— ¡ Infeliz señorita !

— ¿ Estaré soñando ?

— Ojalá.

— ¡ Qué maldad !

— Sosiéguese usted, señorita. El desengaño que ahora usted recibe es doloroso á no dudarle; pero es un desengaño que debe tener para usted consecuencias muy felices.

— Esta carta me abrasa las manos. Tómela usted..... llévela en hora buena á la afortunada mujer para quien se ha escrito. Es una mujer rica y noble..... yo soy plebeya y desvalida. Para los pobres no hay mas que desprecios en este mundo.

— ¿ Y por qué ha de sufrir usted desprecios de nadie? — preguntó la Bruja apoderándose á su vez del malhadado papel.

— Dice usted bien—esclamó la ambiciosa jóven como si aguda saeta acabara de herir su mas delicada fibra. — ¿ Sufriré en silencio semejante humillacion? No, no, jamás. ¿ Querrá usted encargarse de llevar una carta mia al duquecito ?

— Si su contenido no es denigrante para usted, señorita, con mucho gusto.

— Está bien.

— Y diciendo esto, con la sonrisa de un demente furioso, cogió Enriqueta la pluma, y en el primer papel que le vino á la mano, escribió iracunda algunos renglones.

—¡ Perfectamente!— exclamó la *Bruja* leyendo con avidez las desaliñadas líneas que en el ciego frenesí de sus celos acababa de escribir Enriqueta.

La desgraciada niña quedóse en su asiento sin sentidos, velado el rostro de mortal palidez.

Preocupada la *Bruja* y rebotando satánica alegría, no reparó en el desmayo de la infeliz criatura. Recogió el papel donde los celos habían vertido su venenosa rabia, y voló como una furia á desgarrar con él el enamorado corazón de don Eduardo.





## CAPITULO XIX.

### EL TRIUNFO DE LA BRUJA.

¿Cómo te vine en tanto menoscabo?  
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?  
GARCILASO.

Cuando la *Bruja* llegó de regreso á su habitacion, faltaban pocos minutos para la una, hora en que el duquecito de la Azucena debia acudir á la cita, con el objeto de enterarse del resultado de la amorosa carta que lleno de honradez y sinceridad habia dirigido á Enriqueta.

La señora Cipriana que dias atrás recelaba con fundamento, que tanto la acreditada inteligencia del facultativo, como los cuidados que ella misma prodigaba con el mayor interés y esmero á la *Bruja*, se estrellarian contra la pertinacia de una enfermedad que parecia iba á hundirla de un momento á otro en la tumba, persignábase al ver tan animosa á la enferma, que nadie hubiera dicho sino que estaba en el goce de la mas completa salud.



—Vamos, vamos—dijo la buena anciana á Inés cuando le abrió la puerta—el paseo ha sido hoy mas que regular.

—Vengo fatigada—esclamó la *Bruja*, y se dejó caer en una silla de su cuarto.

—Lo creo—repuso la señora Cipriana.—Abusa usted de la mejoría, y eso es un disparate. Está usted aun débil en demasía para tales morisquetas.

—El ejercicio es muy saludable.

—No digo que no; pero tambien su abuso puede ser nocivo. ¿Le parece á usted poco andar dos horas y á pié por esos alrededores de Madrid? Supongo que habrá usted salido al campo. ¿Ha estado usted en el Retiro? Ya empezarán á dar gusto los árboles cubiertos de hojas. Cuando tenia yo las piernas mas fuertes era mi paseo favorito. ¡Qué delicia oír por la madrugada el canto de los ruiseñores! Hace años que no voy por allá: mis piernas no están para semejantes valentías.

—Por la misma razon tampoco puedo yo dar los paseos que usted supone.

—¡Qué tiene que ver! usted es jóven aun...

—Mis padecimientos me tienen muy acabada. Apenas empiezo á convalecer de mi reciente enfermedad...

—Eso es precisamente lo que me asombra. Hace cuatro dias que no hubiera yo dado un comino por la vida de usted, y veo que emprende usted esas largas caminatas..... Mire usted, no deja de ser una imprudencia... Si á lo menos fuera usted acompañada...

—Señora Cipriana, está usted en un error.

—¡Pues qué! ¿estoy yo ciega? ¿No veo yo á qué hora sale usted y vuelve de su paseo?

—Es que no voy á paseo.

—Entonces no sigue usted los preceptos del facultativo.

—Me limito á visitar á unos conocidos, y en su casa descanso y me distraigo en agradable conversacion. De este modo lo que ando á la ida y á la vuelta, me sirve de ejercicio; y es un paseo moderado, como quiere el médico que los haga.

—Pero el médico dice que debe usted respirar el aire libre.

—¿Qué mas tiene?

—¡Oh! al médico se le debe obedecer lo mismo que á un padre, ó no